



---

## MERILLO

---

*Merillo es un relato picaresco ambientado en la España de posguerra, cuando muchos andaluces emigraban a Barcelona en busca de un futuro mejor. Con un tono costumbrista y cargado de humor, narra las desventuras de Baldomero, su mujer Juana y su hijo Merillo, una familia alpujarreña marcada por la ingenuidad, la terquedad y un ingenio muy particular. Desde la venta de sus cabras hasta el accidentado viaje en tren y las cómicas tentativas de encontrar trabajo y vivienda en la gran ciudad, la historia retrata con ironía y ternura la brecha entre el mundo rural y el urbano. A través de un lenguaje vivo, lleno de giros populares y descripciones pintorescas, el autor, Antonio Caballero, ofrece un fresco humano de una época difícil, en la que la dignidad, el sentido del humor y el «nosotros a lo nuestro» eran la brújula para sobrevivir.*

Marisol, Mari Carmen, Masu, Toni, Carlos, sus hijos





## MERILLO

Merillo es aféresis y al mismo tiempo diminutivo de Baldomero. Baldomero, padre, era de profesión pastor, pastor de cabras. Era natural y vecino de un pueblo de la Alpujarra Granadina, cuyo nombre no viene al caso mencionar, donde vivían Juana, su mujer, y su único hijo era Merillo. Baldomero era de baja estatura y algo regordete, muy parecido a lo que se entiende por retaco. Su cara era rebolonda, colorada y mal afeitada; sus ojos eran saltones imitando a los del sapo verde. Su cabeza, siempre rapada, la cubría con una boina bien encasquetada, y calzaba albarcas cuyas suelas eran de rueda de isocarro; llevaba mallas o polainas de piel de becerro sin curtir, muy bajos sólo para cubrir la caña del pie, con corridillas sueltas o colgando por falta de hebillas. En fin, con el porte descrito, Baldomero era el clásico pastor alpujarreño.

La Juana, su mujer, era de apellido de la Cuadra, por lo que para todos en el pueblo fue conocida por Juana la de la Cuadra. Juana era ligera, menudita y de baja estatura y también era algo bisoja o bizca, porque obviamente padecía de cierto estrabismo, y por este motivo su visión tenía mucho parecido con la visión de *pepeleches*. Esta era la razón por la que anduviera siempre como pollo sin cabeza, tropezando aquí, allí, allá y acullá. Pero a grandes males grandes remedios: pues la menguada visión la compensaba o suplía la largueza de sus pies, que los tenía como dos bacaladas disecadas y de baja calidad. Así que las dos únicas tiendas de calzado que había en el pueblo alpujarreño, no había alpargatas a su medida, por lo que

las huellas de sus pisadas en las calles terrosas y polvorientas del pueblo, dejaban zagueros los 35 centímetros de longitud. Además que la Juana también era algo patizamba, o sea, que tenía las piernas un poco torcidas hacia afuera y las rodillas un poco juntas. Pero pese a que Baldomero era hombre de poco seso, muy parecido al tarugo, sin embargo, era un manitas en el oficio de la artesanía del esparto, y le hizo a la Juana unas esparteñas o agovías, que una especie de alpargata hecha con sogas de esparto, en las que la Juana alojaría sus largos pies como la mismísima seda, dándole la sensación de que los hospedaría entre mullidos algodones, sin el más mínimo pliegue, doblez o rugosidad, ni al calzárselos ni al descálselos, ni tampoco al caminar por las abruptas pendientes y estrechas veredas por las que tenía que hollar al ayudar a su esposo en la conducción de sus cabras, que por cierto éstas estaban la mayor de las veces en monte público, propiedad de la Junta, por lo que un día sí y otro también, los guardas forestales, denunciaban a Baldomero con frecuencia e incluso lo amenazaban, si persistía en aquella actitud, con embargarle las cabras si se negaba a pagar las multas que, al efecto, le ponían, pero Baldomero le hacía el mismo caso a lo de las multas y a las amenazas como el perro le hace a un calderote de hojalata vacío. También decía que estaban *aviaos* los *esgraciaos* éstos con las *murtas* y *las murta*, como si el monte *juera dellos*, y que sus cabras tenían que *comel to loscías*, *juera onde juera*, porque el monte es del que se come lo que hay en *er* monte. Y seguía tozudamente sin hacer maldito caso ni a las multas ni a las amenazas, porque no pensaba *pagal dinguna murta* por más que los *esgraciaos* estos *dijeran* - decía él.

Hemos estado a punto de dejarnos atrás el bigote de la Juana. El bigote de la Juana era negro endrina y macizo, pero suerte a que ya sabemos que Baldomero era un manitas, con frecuencia se lo cepillaba con una hoja de la marca *sevillana*. El bigote de la Juana le daba mucha prestancia y distinción a su cara alargada, su estrabismo en sus pequeños ojos y su pelo negro lacio. Pero como la Juana también era mañosa se compuso un rodete con una cajonera bien seca de yegua, (las cajoneras son los excrementos de los asnos, de las acémilas y las caballerizas), es decir de los animales llamados solípedos, porque otros animales sus excrementos incluso el hombre, se llama mierda, otros como las cabras, se llaman cagarrutas, la de las vacas boñiga, pero lo que más abunda para los excrementos es la mierda.

La Juana envolvió la cajonera con un mechón de su propio pelo negro y compuesto el rodete lo adaptó lo mejor que pudo y supo a su nuca, y si no quedó como la Chiquita Piconera de Julio Moreno de Torres, sí quedó como para ponerle la cruz y facturarla con destino a las Fallas de Valencia, para estar allí la noche anterior de la *cremá* para fenecerla.

Su *Merillo* era harina de otro costal, no en vano decía su padre, que su *Merillo había sío* en la mili, en Barbastro (Huesca) donde por suerte le tocó ir, *había sío un* fenómeno porque *había sío uno* (el número uno en el pelotón de los torpes, queremos decir, para entendernos), y que por este motivo, al mes y medio de *estal en er* campamento, lo *lisenciaron*. Lo licenciaron –decían los padres de otros quintos suyos, que habían estado juntos en el mismo campamento, porque *Merillo* había sido un ceporro en el campamento de instrucción, porque cuando el cabo instructor mandaba “media vuelta a la derecha,

*Merillo* daba la media vuelta a la izquierda, y al revés: cuando mandaba media vuelta a la izquierda, *Merillo* daba la media vuelta a la derecha. Y tampoco daba la media vuelta con los movimientos precisos y adecuados. *Merillo* daba la media vuelta dando un zapatazo como hacen los conejos al meterse en la madriguera. Un cazador le decía a otro cazador amigo: que una mañana al apuntar el sol se asomó con tiento y cautela, a la cañada que hay cerca del *El Colorao* y que vio un hermoso conejo sentado en la puerta de su madriguera, con las orejas inhiestas y la cabeza levantada mirando avizor hacia el río, y como estaba lejos para el tiro, se agachó y con el mayor sigilo que pudo se fue a la otra cañadilla, y que al asomarse estaba el conejo en la misma posición, que cuando se asomó a la cañada anterior, y cuando despacio y con tiento se echó la escopeta a la cara, el conejo oiría o vería algo y al momento dio un zapatazo y se metió en su madriguera. Los conejos tienen la costumbre de dar una palmada con una de las patas traseras, al meterse en la madriguera, como en un gesto de burlarse del cazador o hacerle un “corte de mangas”. Pues *Merillo* para dar la media vuelta también daba un zapatazo y daba la media vuelta al revés de cómo había indicado el cabo instructor. Por eso aburridos los distintos instructores que intentaban enseñarle la instrucción, se lo comunicaron al sargento, éste se lo comunicó al teniente, el teniente al capitán y al final el comandante del regimiento lo mandó para su casa porque a un tarugo o adoquín como lo era *Merillo* no lo podían meter en razón para que aprendiera la instrucción. Por eso su padre decía, muy orgulloso, que su *Merillo* en la mili fue el número uno. El número uno en el pelotón de los torpes (ya lo hemos reseñado anteriormente). Sin embargo para el rancho fue el número dos porque siempre

se acercaba a las calderas, que ponían al aire libre, con un plato de aluminio abollado en cada mano para recoger la ración de potaje de alubias, la suya y la del compañero. Pero *Merillo* no tenía ningún compañero, porque *Merillo* no se juntaba con nadie y porque nadie se juntaba con *Merillo*. Así que los dos platos de potaje de alubias, se los metía *Merillo* entre pecho y espaldas. Se los comía sin probar el pan, pues el chusco que les daban se lo guardaba íntegro para luego por la tarde, rebanarlo por la mitad y meterle dos pesetas de atún, que compraba en la cantina y también se lo zapaba, y ya hasta la cena, que por lo general, las cenas las daban algo ligeras.

Una tarde después de haber encerrado las cabras en la corraliza, Baldomero le dijo a su Juana y a *Merillo* lo que había pensado y que fue como sigue:

Buscaría alguno que supiera bien escribir y le pediría el favor de que le escribiera una carta a su primo Rafael para que nos busque algún trabajo en Barcelona, y vendemos las cabras y nos vamos porque todos los que se van allí luego vuelven con unos cochazos de puta madre.

-Sí, papa, sí, yo trabajo en *cualo sea mejol que guardal las cabras por estos andarriales*.

-*Andarriales* no se dice, se dice *undurriales*- le corrigió su padre.

- Y pá eso tendríamos que *gastal* tos los dineros que mus den por las cabras –dijo la Juana.

- No, de las cabras ni un centavo –dijo Baldomero muy serio.

- Pues, *antonces* ¿cómo vamos a pagal la casa que mus busque tu primo Refael en Barcelona?

- Pedimos un *empréstame* – dijo Baldomero.

- ¿Y quién nos va a *prestamal* –preguntó la Juana, muy sensata ella.

- Pues los bancos, que pá eso están –dijo Baldomero mu entendido él en las operaciones bancarias.

Diez días después de haberle escrito al primo Rafael, éste les contestó diciéndoles que se podían ir cuando lo creyeran oportuno, porque allí había trabajo para todos sobre todo en la construcción, y que por lo de la vivienda no tenían que preocuparse, mientras encontraran piso módico y con buenas proporciones, podían estar en su casa el tiempo que preciso fuera, y que una vez allí, ya se buscaría trabajo incluso para los tres. También les mandó el número de su teléfono para que llamaran el día y hora que salían del pueblo para él esperarlos en la estación del tren, porque el viaje, yo os aconsejo que lo debéis hacer en tren, porque el tren es más cómodo y mejor para el mareo, sobre todo para la Juana. Cuando les leyeron lo que decía la carta del primo Rafael, Baldomero, la Juana y *Merillo*, quedaron muy satisfechos y muy bien enterados de lo que el primo les decía en la carta.

Por lo que Baldomero, desde aquel mismo día, comenzó a hacer gestiones para vender las cabras a buen precio, ¡faltaría más!

A tres días no más de comenzar las gestiones para la venta de las cabras, Baldomero se las vendió a otro pastor del mismo pueblo y le dieron muy buenos dineros, que la Juana los guardó bien en su faltriquera, y se la ató bien a su refajo. El refajo era una falda corta y de vuelo, de buen paño que usaban las mujeres encima de la camisa.

Tres días después de la venta de las cabras, Baldomero preparó bien una maleta de cartón un poco desportillada, que al no tener cerradura, Baldomero le dio varias vueltas de ramal que tenía para atar, en los veranos, las gavillas de los yeros que sembraba en sus pegujalillos



para echarles a las cabras los días que no podían salir al campo, por estar lloviendo o por haber caído una buena nevada.

La maleta preparada por Baldomero quedó como un pincel, abombada y semiabierta, con la ropa de los tres, pero bien atada con los ramales dándoles varias vueltas de ramal por todo su entorno. Las esparteñas de la Juana no las echaron ya que para el viaje, la Juana se puso unas alpargatas negras, con suela de de goma, de aquellas que les llamaban “suelas de siete vidas”, que por fin un paisano se las pudo adquirir en la capital. Y la Juana iba descalzada de las esparteñas que le hubo hecho Baldomero. Iba con las alpargatas de “suela de siete vidas”, que bailaba como una bailarina gimnástica de ligera que se sentía y de a gusto que se encontraba.

*Merillo*, como más joven y fuertote, cargó con la abombada maleta, echándole unas hombreras con una gruesa sogá de esparto majado, llevándola a cuestras a modo de bolsa de colegial. Baldomero y la Juana llevaban sendas bolsas de lona atadas con cintas negras, donde llevaban en una, las viandas para el viaje, a base de grueso y blanco tocino y otros productos del cerdo. Y en la otra, iba ocupada con el jabón casero y el estropajo, para el aseo de las manos y del cuerpo, tanto durante el viaje como para cuando llegaran a Barcelona.

Al subir al tren, en el vagón conocido por *El correo catalán*, el revisor se dirigió a Baldomero, como jefe de la familia y le pidió los billetes y Baldomero le dijo que ellos no llevaban billetes, se lo dijo como la cosa más normal.

El revisor le dijo que si no llevaban los billetes se tenían que bajar del tren.

-¿Pero, cómo nos vamos a *bajal*, si *musotros* vamos

a Barcelona?

- Para ir a Barcelona tienen que sacar los billetes y si no tienen los billetes se tiene que bajar –volvió a decirle el revisor, ya un poco mosca, con el memo alpujarreño.

-¿Y a *onde* se sacan los billetes? –preguntó Baldomero, más despistado que un sordo en un baile.

-Los billetes se sacan en la taquilla? – dijo el revisor a punto de estallar en un gemido de rabia.

-Y a *onde* está la taquilla –volvió a preguntar Baldomero.

-El revisor estuvo a punto de decirle a Baldomero que la taquilla “estaba oyendo misa”, tal era el enfado que había cogido con el adoquín del alpujarreño. Pero en lugar de decirle eso, se contuvo y cogiendo de un brazo a Baldomero, intentó conducirlo hacia donde estaba la taquilla. Y cuando bajaban del vagón, el revisor le preguntó:

-Pero, ¿lleva usted dinero? Porque visto lo visto, el revisor llegó a sospechar que aquel tarugo podría haber salido de su pueblo con destino a Barcelona, sin un céntimo en los bolsillos.

-Baldomero le contestó:

-Sí llevo dinero, pero no le digo cuanto llevo.

-Ni falta que me hace, buen amigo –le contestó el revisor con cierta pulla o indirecta.

-Pero “güeno, yo voy a lo mío”. Esta fue la expresión que había aprendido en su pueblo, ésta era su frase favorita y la soltaba con frecuencia viniera a pelo o no viniera a pelo.

Baldomero se había quedado con 500 pesetas del dinero que le dieron por la venta de las cabras, para los

gastos del viaje y para lo demás que se pudiera presentar hasta llegar a Barcelona.

El viaje transcurrió con un pequeño contratiempo, porque la Juana, acostumbrada a viajar siempre, a lomos de la burra cana ya entrada en años que tuvieron, ésta fue la primera vez a sus más de 50 años, que viajó en un artefacto rodado, por lo que a poco de tiempo de echar a andar el tren, le dio como un mareo, viendo como todo, a su alrededor, daba vueltas y al momento se le llenó la boca de abundante agua agria, y se le descompuso un poco el vientre y tuvo imperiosa necesidad de que Baldomero y *Merillo* la condujeran al váter, donde evacuó por arriba y por abajo, el café de cebada con sopas de pan casero alpujarreño, que hubo ingerido aquella mañana, no más levantarse, pero todo quedó en nada, en tanto y tan pronto como desatacó el estómago como el tránsito intestinal.

Después, Baldomero, echó mano a la talega de lona negra y sacó como un cuarto de panceta de cerdo, sacó asimismo, su cachicuerna del bolsillo de su chaqueta de pana desteñida y parda, y rebanó un buen tajo, en tanto les decía a la Juana y a *Merillo*, nosotros a lo nuestro, su frase favorita. La Juana con su larga cara del color del culo del pepino, dijo:

-Yo tengo el *estógamo* angustioso y no voy a *comel ná*; *Merillo*, por el contrario le dice al padre:

- A mí me das un cacho de la punta de arriba que está más *delgá y asine* es como a mí me gusta más. Baldomero lo hizo como *Merillo* le había pedido y además el trozo que segó para *Merillo* le raspó la sal adherida en la panceta con el revés de la hoja de su cachicuerna, y pa él rebanó un buen tajo de la parte más gorda y blanca de la panceta, y con medio pan cortijero, Baldomero y *Merillo* en un santiamén o periquete lo fenecieron. Mientras la

Juana con las manos sobre el regazo y la cara alargada del color del culo del pepino, (como ya tenemos dicho), y los ojos amarillentos, miraba a ambos con gesto de querer tomar algo, pero al mismo tiempo, le daba como repugnancia la idea de tener que hincarle el diente al trozo de aquella panceta.

Baldomero y *Merillo*, al terminar de embucharse el tocino y el pan, se limpiaron las boqueras con el dorso de sus manos, y Baldomero cerró su cachicuerna, y la alojó en uno de sus bolsillos de su chaqueta de pana, vieja y parda, y ahora ve viene a la memoria lo que decía un paisano de Baldomero sobre la cachicuerna, decía este paisano suyo que Baldomero le daba a la cachicuerna otro uso distinto de el de rebanar el pan y el tocino. También la usaba para el siguiente uso o rito: Cuando a Baldomero le caía sobre la zamarra una gota de potaje de habichuelas blancas bien tramado o de arroz con leche de las cabras, esa gota no la limpiaba en seguida, la dejaba que se secara y cuando ya estaba bien seca, con el filo de la cachicuerna raía la gota, y quedaba la zamarra como los chorros de aceite que escurrían por los cantos de pan de Alfacar. Y ya sin más incidentes ni trance alguno, llegaron a Barcelona, como a las once de la noche de un día de mediados del mes de marzo.

Por aquellas fechas, los trenes que llegaban del Sur, entraban a la estación conocida como la Estación de Francia, pero antes de llegar a la estación el tren pasaba por un largo túnel que había bajo el barrio de Gracia, y al final del largo túnel su primo Rafael los estaría esperando. Pero al entrar el tren en dicho túnel, que por cierto estaba siempre muy iluminado y bonito, alguien dijo, muy cerca de Baldomero: “Ya estamos en Barcelona”. Baldomero al

oír lo que aquella persona había dicho, cogió ambas bolsas, y ordenó a *Merillo* que echara rápido mano a la maleta y en el primer apeadero, el tren, por un momento paró, rápido los tres bajaron del el tren.

Un empleado de *RENFE* les dijo que aquella no era la parada, que sólo era un simple apeadero, pero Baldomero le dijo que él sabía muy bien lo que se hacía, porque se acordó de lo que su primo les decía en la carta que les escribió, “que no más llegar a Barcelona, rápido os bajáis porque yo os estaré esperando allí”. Pero resultó que el tren siguió y ellos se quedaron allí pegados al muro del túnel como las lagartijas porque no cesaban de pasar trenes de cercanías y casi que los rozaban al pasar a la velocidad del rayo. Pegados al muro con mucha cautela y precaución, echaron a andar porque al más mínimo tropezón que dieran caerían a la vía, que la tenían a no más de diez centímetros, y uno de los trenes se los llevarían por delante sin remisión.

Cuando, pegados de cara al muro, llegaron al final del túnel, efectivamente, allí estaba el primo Rafael, y cuando le dijeron lo que les había pasado, el primo Rafael le faltó muy poco para mandar a los tres a tomar por culo. ¡Es que ya no podéis ser más tontos, ni más giles! ¡A quien se le ocurre bajarse del tren en medio de un túnel! –les gritaba el primo Rafael con más razón que un santo.

-Nos bajemos, porque alguien dijo: “Ya estamos en Badalona” y además por lo que tú nos *dijerías en la calta*.  
-Anda ya *dijerías*.

- ¿Quién os da lecciones de lengua ahora en el pueblo?– preguntó el primo.

-Yo en la *luenga* no tengo ná –le contestó Baldomero.

Yo sé perfectamente que tú en la lengua no tienes nada –le dijo el primo con un ligero tono de ironía.

Aclarado todo ya, el primo le puso la mano a un taxista, echaron las bolsas y las maletas y, subidos los cuatro, el taxi salió como el rayo hacia el barrio de Hebrón que era donde el primo tenía su vivienda. Allí cenaron, allí durmieron y a la mañana siguiente y muy de mañana, el primo les dijo que él tenía que irse a su trabajo y que ellos echaran el día buscando donde trabajar y al mismo tiempo, buscaran también vivienda.

Los tres entraron en una fábrica lechera y el jefe les preguntó: ¿que qué era lo que deseaban? Y Baldomero le dijo que ellos querían trabajar en lo que fuera. El jefe les preguntó por lo que sabían hacer y Baldomero, sin pelos en la lengua, le dijo que él y su hijo sabían guardar cabras y que él también sabía *cantal*. El jefe les dijo que allí no había ninguna granja y que tampoco organizan conciertos de cante y baile.

-Pues *antonces* -dijo Baldomero-, no hay más que *habrar*. *Queate osté* con Dios. Y se fueron.

Después llegaron a unas obras y Baldomero preguntó a un hombre que llevaba corbata, que si allí había trabajo, y el señor de la corbata le preguntó por lo que sabían hacer, por cual era su oficio y Baldomero le dijo que ellos sabían poner ladrillos unos encima de otros.

-Una pregunta: ¿para qué sirve el nivel en una obra?

-*El nivé, el nivé, el nivé sirve pá hacer la mescla*.

-No papa. *El nivé silve pá medil* las alturas- dijo Merillo.

- Tú sí has dado en el clavo –dijo el encargado-.

-*As que él ya aestao en la mili y tó* –dijo Baldomero-. *Y sí osté lo viera comel se come lo que le echen*. Si usted le da un *güen* plato de habichuelas o de *galbanzo* y un

*güen* canto de pan, ¡y uy *mi mae!* Se lo traspone en un...  
¡un *santo y amén!*

-Sí, señor, se ve que es un buen mozo para yantar.

-No, *señol*, *lloral lo que se llama lloral, nunca lo vide llorando.*

-Bueno, ahí hay herramientas y útiles de toda clase de la construcción, hágame usted una prueba de lo que saben hacer.

Baldomero cogió un ladrillo y lo puso en el suelo de plan, luego cogió otro ladrillo y lo puso encima del primero y así hasta formar una torreta que se cimbró y se cayó.

-¿Y eso es lo que usted sabe del oficio?- preguntó el encargado.

-Sí, *señol* y también sé cantar.

-Pues si son ustedes tan amables hagan el favor «de salir a silbar a la vía». (Frase ésta de Paco Umbral). O sea, que cojan la puerta y se largan porque aquí no necesitamos más personal –le dijo el encargado con educación.

Cuando ya en la calle dijo Baldomero a su mujer y a su hijo:

-¿Habéis visto lo tarugo y zopenco que es el tío?

- Que se *joa*, y nosotros a lo *muestro* –dijo la Juana.

- Sí, que se *joa* él y su obra, él y su obra y la *mae que lo parió* –dijo Merillo. Luego preguntaron a un señor que caminaba acera adelante, que *¿a onde* vendían casas baratas? Y el buen hombre les indicó que al final de aquella misma manzana había *un carrer*, y en ese *carrer* hay una inmobiliaria y que preguntasen allí.

-Nosotros no *preguntamus por un carrel*, *musotros preguntamus* por una calle que vendan casas *mu* baratas.

-Sí, hombre, al final de la otra calle hay una inmobiliaria, pregunten ustedes allí. Los tres entraron en

una perfumería y Baldomero preguntó que si allí vendían casas baratas. Una joven dependienta, con bata blanca, les indicó que dos puertas más adelante había una inmobiliaria y que preguntasen allí. Y, en efecto, dos puertas más arriba había una inmobiliaria y allí entraron los tres.

-Dígame, ¿qué desea?, -preguntó un señor bien acicalado y mejor trajeado. Baldomero preguntó que si allí vendían casas baratas.

-Sí, señor, aquí se venden casas. Usted ¿quiere alguna? -preguntó.

-Sí yo quiero una y, ¿cuánto me valdría?

-Hombre según la vivienda y según el sitio o lugar.

-Yo la que quiero es de las que valgan poco, de las que valgan menos -dijo Baldomero.

- La más barata y la de peor sitio, puede salirle por medio millón-.

- Eso ni loco -dijo Baldomero.

- Hombre, podíamos llegar a un acuerdo-.

- No hay acuerdo que varga -dijo Baldomero-. Yo no me gasto un *dinerar po* una casa. Así que está *to habrao*.

-Ya, ya, ya -pronunció el catalán, queriendo dar a entender con este *yayeo*, que aquel pobre hombre no era más que un simple adoquín de origen andaluz.

-Pues entonces *queate osted* con Dios -dijo Baldomero y se marcharon de allí.

A otro día hicieron lo mismo y tampoco compraron nada.

Cuanto al segundo día, por la noche, llegó el primo Rafael de su trabajo les preguntó por lo que habían hecho y Baldomero le dijo que en las obras no quieren más personal, y también *habemus estáu* en otros más y



tampoco quieren pastores ni cantaores. Y las casas valen un güevo. Si tu casa fuera más grande *nos queábamos* aquí hasta que encontráramos trabajo y ya estaba *tó* solucionado. ¿Qué te *paece*?

-Tú ¿cuánto piensas pagar por un piso? –preguntó el primo Rafael.

-Yo por un piso ni un centavo, me *ha costao* mucho criar una maná de cabras, *pá* que estos tíos lagartos se lleven los *dinero*h de mis cabras por un piso que no me *jace ni puñetera farta*.

-Primo, ya la última pregunta: ¿cómo está la Juana de su barriga?

-La Juana está mejor, pero ahora se *estraña* mucho.

-¿De qué se *extraña*? –preguntó el primo.

- Pues que lleva cuatro días sin ir al *bacinal* ese, como se llame aquí en Badalona.

- Esto no es Badalona, es Barcelona –le corrigió el primo.

- Sí, en Badelona, quiero decir.

- Bueno, primo, en el plan que estás yo te voy a dar un consejo y es que cojáis el tren en el mismo que habéis venido, y os vayáis a vuestra casa del pueblo.

- Pues eso es lo vamos a *jacel* mañana *mesmo* y *asine* estos tíos lagartos no se comerán un duro de mis cabras.

- ¿Qué te *paece*, primo?

- Me parece excelente, me parece divino, me parece genial, primo.

- *Pos* ya sabes, que te tendremos a nuestro servicio, cuando *mos* *hagas farta*.

- Ya lo entiendo y ya me voy a mi trabajo, primo.

- *Musotros* a lo nuestro, ¿*veldad*, Merillo?

- Sí, papa, nosotros a lo nuestro, nosotros a lo nuestro.  
Y estos calatanes, muertos, *asine es cuallo* yo quiero, *asine es cuallo* yo quiero...